

LARA SMIRNOV

EL
GOLFO
DE CÁDIZ

Y LA
ESTRECHA
DE GIBRALTAR



*El Golfo de Cádiz
y la Estrecha
de Gibraltar*

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

© Lara Smirnov, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Jan-Niklas Keltsch, Haveseen y Picsfive – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2016
ISBN: 978-84-08-14793-0
Depósito legal: B. 26.447-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



¿Quién me mandaría a mí?

Isla de Santa Lucía
Mayo de 2015

«¿Quién me mandaría a mí? —se dijo Manu, tratando de que no se notara que estaba *acojonaito* vivo. El cámara no le quitaba el objetivo de encima. No era cuestión de quedar como un nenaza antes de que empezara el concurso—. Me cago en el Tuerkas y en sus malditas apuestas. Si salgo de ésta entero, no vuelvo a apostar en la vida.»

—¡Manu! —le llegó la voz de Juanra Bonet, el presentador del nuevo *reality* estrella de Antena 3, «Pecado original»—. ¿Me oyes?

—Te escucho, Juanra. ¡Dime, dime! —gritó él para hacerse oír por encima del ruido de las aspas del helicóptero.

—¿Cómo estás?

—Estupendamente, Juanra. ¿Cómo voy a estar?

—Se te ve un poco verduoso.

—¿Qué dices, *pisha*? Yo estoy *acostumbrao* a salir a faenar con mi *cuñao*. No sabes las olas que levanta el poniente.

—Pues no me hagas caso, será que tengo que graduarme las gafas. En fin, Manuel, les recuerdo tu perfil a los espectadores: gaditano de veintiocho años, carpintero, entrenador del equipo de fútbol alevín los Cañallas y juerguista oficial de la edición. ¿Estás preparado para la aventura?

—¿Qué te apuestas? —«Mierda, se me ha escapao. Pero no apuesto más. Por éstas»—. Yo nací *preparao*, Juanra.

—Pues no me enrollo más. Cuando quieras, puedes saltar. Manu se levantó y se asomó a la portezuela del helicóptero. No es que le dieran miedo las alturas, pero le daban... fatiga.

«Virgencita del Rosario, apiádate de este pecador. Si me sacas de ésta, no golfeo más, palabrita del Niño Jesús.»

—Manuel, ¿no notas el calor de tu gente? —dijo Luján Argüelles desde la orilla. La presentadora, vestida con un modelito muy sexi que podría haber llevado Pocahontas en la entrega de los Oscar, era la encargada de las transmisiones en directo desde la isla—. Seguro que todo Cádiz está pegado al televisor animándote ahora mismo.

Pues todo Cádiz no sabía, pero seguro que sus colegas de chirigota se estaban partiendo la caja a su costa. Y los Cañaíllas estarían en sus casas, presumiendo de entrenador. Si se rajaba, el lunes les darían de collejas en el colegio por su culpa. No podía fallarles.

—Lo noto, Luján, lo noto. Voy a saltar. Le dedico el salto al cabrón del Tuerkas, con perdón, y a los Cañaíllas. Como les digo siempre a los chiquillos: «Lo importante no es ganar, sino la juerga de después».

—Buen lema —dijo Juanra desde el plató—. Así habría jugado al fútbol hasta yo.

—¡Cañaíllas, va por ustedeeeeeeeees! —gritó Manu al saltar.

Tras el impacto contra el agua, que lo dejó desconcertado durante unos instantes, salió a la superficie y miró a su alrededor.

¡Lo había hecho! ¡Había saltado! Lo más difícil ya estaba hecho. Ahora, ¡a disfrutar! Manu levantó la vista hacia el helicóptero y saludó alegremente al cámara que lo estaba grabando

antes de ponerse a nadar hacia la orilla, donde lo esperaba Luján.

—Aquí tenemos a nuestro *pescaito*. Qué arte tienes nadando, corazón —le dijo la presentadora mirando a cámara, mordiéndose el labio inferior y moviendo la mano arriba y abajo en un gesto de «qué bueno que está este tío».

Manu apoyó las manos en las rodillas unos instantes para recuperar el resuello antes de enderezar la espalda y sacar pecho.

—Gracias, Luján. Lo tuyo sí que es arte. Si llego a saber lo guapa que estabas con ese vestido, salto antes de tiempo.

—¡Ay, qué salero! Anda, vente conmigo. Vamos a colocarnos aquí, sobre esta roca, mi Manuel. Desde aquí los veremos saltar como si estuviéramos en un palco.

—A esta distancia, y a tu lado, más que en el palco estaremos en el paraíso.

En plató, el Tuerkas se echó a reír. Al mirar a su alrededor vio que Emma sonreía. Aparte de él, era la única que había entendido que el comentario de Manu no era sólo un piropo, ya que *paraíso* es como llaman en Cádiz al gallinero del Gran Teatro Falla, donde se celebra el famoso concurso de chirigotas, comparsas y coros.

—Con ese piquito de oro que tienes, me parece que más de una va a dejarse tentar —replicó la presentadora—. Anda, zalamero, siéntate y reserva tus fuerzas para las concursantes.

Manu y Luján se sentaron en la roca y escucharon cómo Juanra presentaba a los demás concursantes antes de animarlos a dar el salto a las aguas de la bahía.

La siguiente en saltar fue Sofía. A través del pinganillo de Luján, Manu se enteró de que la guapa y rubia vegana había ganado el certamen Miss Espárragos de Navarra 2013. La orga-

nización le había hecho llegar una copia de la banda de miss para que saltara con ella.

—¡No veo nada! ¡El golpe me ha dejado ciega! —exclamó Sofía al salir del agua.

Cuando, desde el helicóptero, le indicaron con un megáfono que se quitara la banda de los ojos, la chica se tranquilizó y empezó a nadar hacia la playa.

El siguiente concursante, Dani, estaba ya hablando con Juanra; parecían viejos amigos. Dani daba la impresión de conocer a todo el mundo de la tele y el famoseo.

—¿A qué te dedicas, Dani? ¿Estás estudiando?

El valenciano flexionó un bíceps y lo mostró a cámara.

—¿Tú crees que nací con estos brazos, tirillas?

—¿Me has llamado *tirillas*? —Juanra abrió mucho los ojos.

—Claro, nano. Eres muy *enrollao*, pero tienes menos músculos que un fartón.

El presentador abrió y cerró la boca varias veces sin decir nada.

—Tener estos músculos son muchas horas de gimnasio, tete. Cuando mi madre me dijo que tenía que elegir entre el gimnasio y los estudios, lo tuve claro. Lo primero es lo primero.

—Claro, hay que pensar en el futuro.

—Qué futuro ni qué leches, tío. Hay que vivir al día. Mi hermano mayor se sacó una carrera, se casó y se compró un piso pensando en el futuro. Ahora está en el paro, divorciado, y el banco se ha quedado su piso. Está viviendo otra vez en casa de mis padres, el muy *pringao*. Yo paso mucho de rollos. La tele es mi carrera.

—Pues enhorabuena, Dani —dijo Juanra encogiéndose de hombros—. Un último salto y tu sueño se habrá hecho realidad.

—Sólo una cosa. Me estuve entrenando mucho para entrar

en «Splash» y quiero aprovechar las clases de trampolín —repuso el valenciano quitándose el chaleco salvavidas que todos los concursantes llevaban puestos al saltar.

—¡No, Dani! ¡No te quites el chaleco!

—¡Albufera Poweeeeer! —gritó él, haciendo un clavado hacia adelante.

Juanra se tapó los ojos con una mano y miró a través de los dedos entreabiertos mientras se mordía el labio inferior.

Cuando lo vio nadar con gran estilo hacia la costa, se volvió hacia el público del plató y suspiró.

—Ése es Dani, señores, el *Mazao* de la Albufera.

—¡Albufera Power! —exclamó el acompañante de Dani en plató, que parecía su clon.

La siguiente era Nerea, una chica madrileña que se había saltado las normas de la organización colándose en la habitación de Dani la noche anterior. Lo conocía de su paso por «Tetas y tetas y viceversa», un programa de un canal de tele local que estaba arrasando en la comunidad valenciana. Nerea se había apoyado en el marco de la puerta y lo había mirado de arriba abajo con descaro.

—Estoy segura de que vamos a ganar el concurso. Parece hecho a medida para nosotros.

—¿A medida? ¿Tú quieres tomarme las medidas, teta? Pasa, pasa.

Nerea era una chica deportista, ambiciosa y muy decidida. Un salto de diez metros no iba a interponerse entre ella y el éxito. Abrazándose los pechos con la misma gracia que María Teresa Campos —para no tener un inoportuno accidente con las prótesis—, saltó sin gritar y entró en el agua limpiamente.

Cuando empezó a nadar hacia la costa, le llegó el turno a Karibú. Manu lo había conocido en el hotel y le había parecido

un tío de puta madre. Aunque la organización había tratado de mantenerlos apartados para que no se crearan alianzas antes del concurso, las miradas que se habían cruzado mientras desayunaban o se desplazaban hacia la isla habían sido de buen rollo. No podía decir lo mismo de todos los participantes. Karibú le contó a Juanra que había nacido en Tanga, una localidad costera de Tanzania, casi en la frontera con Kenia.

—¿Tanga? Vaya, ya me imagino los suvenires que debéis de vender en tu ciudad —bromeó el presentador—. En vez de esas camisetas de «Mi amigo estuvo en tal sitio y sólo me trajo esta mierda de camiseta», seguro que las tiendas están llenas de tanguitas que dicen «Fulanito estuvo aquí».

—No es mala idea, Juanra. —Karibú trató de sonreír, pero no pudo—. Se lo propongo a mi primo cuando vuelva.

—¿Estás bien?

—Un poco mareado —admitió el tanzano.

—Cuando entres en el agua, se te pasa —lo animó el presentador.

Pero cuando, después de saltar, Karibú sacó la cabeza del agua, aún parecía estar mareado. Se lo veía pálido y tenía los ojos cerrados.

Antes de que la organización diera instrucciones, Manu ya se había puesto de pie en la roca y se había tirado al mar de cabeza. Nadó hasta Karibú y lo ayudó a llegar hasta la playa.

—Gracias, tío —estaba diciendo Karibú cuando Luján llegó hasta ellos.

—Si Dios hubiera querido que voláramos, nos habría *dao* alas, como al Espíritu Santo —murmuró Manuel.

La cámara ya estaba enfocando a la siguiente concursante, Sandra, que le estaba contando a Juanra que había nacido en Menorca, pero que se sentía ciudadana del mundo.

—¿Te da miedo saltar? —le preguntó él.

—No, el miedo no existe. Es una trampa de la mente. Me liberé de él cuando estuve haciendo meditación tibetana.

—Ah, ¿has estado en el Tíbet?

—No, en Monterrey, México.

—¿Hiciste meditación tibetana en México?

—Sí —respondió ella con una amplia sonrisa y la mirada perdida en el horizonte—. Guardo grandes recuerdos de aquellos días en el desierto. ¿Sabes si hay setas en la isla, Juanra?

—Eeehhh, no lo sé, Sandra, pero estoy seguro de que, si las hay, tú las encontrarás. Vamos, lagartija de Menorca, un saltito y estás dentro.

—Jerónimooooo —gritó Sandra al saltar.

Karibú y Manu se quedaron cerca de la orilla por si la pelirroja de aspecto hippy necesitaba ayuda en el agua. Dani, Sofía y Nerea permanecieron sentados en la roca.

Mario se deslizó entonces en el asiento del helicóptero, dispuesto a saltar.

—¡Mario! Llegó el turno de nuestro galán de telenovela. Háblanos un poco de ti —dijo Juanra, pero enseguida rectificó—: ¡No! Mejor no, no se vaya a quedar el helicóptero sin combustible. Ya te presento yo, y luego en la isla, por las noches, nos entretienes con tu historia.

—Menuda fama, Juanra, boludo, y aún no abrí la boca.

—Es que yo debo de tener antepasados argentinos también —admitió el presentador—. No callo ni debajo del agua. Mario, argentino, de ascendencia italiana y familia en Asturias. ¡Menudo cóctel!

—Peligroso, sí —replicó el galán con una voz profunda y aterciopelada que hizo que la última concursante que quedaba en el helicóptero se estremeciera—, como un sex on the beach.

De esos cócteles que entran bien suave y, cuando te das cuenta, perdiste la bombacha y no sabés cómo.

—Caray, creo que los padres y hermanos de nuestras concursantes acaban de notar un sudor frío en la espalda.

—¿Por qué? Soy reconsiderado con las damas.

—Sí, no me cabe duda —rio Juanra—. Venga, Rodolfo Langostino, es hora de saltar. ¿Quieres dedicarle el salto a alguien?

—Sí, a Dios.

—Ah, eres religioso.

—Por supuesto, che. Por Maradooooooooona —gritó Mario al saltar.

—Dios..., Maradona..., claro, por supuesto —dijo Juanra sacudiendo la cabeza.

Mientras Mario nadaba hacia la orilla, donde lo esperaba Luján dando palmaditas de alegría, el presentador saludó a la última participante.

—Y aquí tenemos a la última de nuestras preciosas habitantes del jardín del edén, Victoria. ¿Puedo llamarte Vicky?

Victoria, que tenía la espalda más recta que la reina inglesa con la que compartía nombre, se tensó todavía un poco más.

—Prefiero Victoria, si no te importa. ¿O a ti te gustaría que yo te llamara Juan Ramón?

—Vaya, menudo carácter..., Victoria —respondió él recalando las sílabas—. Eso está bien. Necesitamos mujeres con carácter que no se dejen avasallar por los sementales que os esperan ahí abajo. ¿Estás segura de que quieres saltar, Victoria? Si no lo ves claro, ahora es el momento de decirlo.

Victoria lo tenía clarísimo. Había cometido el mayor error de su vida. Cuando volviera a La Línea, mataría a Emma, la partiría en cachitos pequeños y los echaría a los peces para no

dejar rastro. Lo que le preocupaba no era el salto. Eso era lo de menos. Pero llevaba dos días en compañía de los que iban a ser sus compañeros y rivales y no tenía nada que ver con ninguno de ellos. ¿Qué demonios iba a hacer en la isla con esas descerebradas y esos sacos de hormonas durante cuatro semanas?

«*Fuck, fuck, fuck... Dammit!* —se dijo—. ¿Quién me mandaría a mí?»